



Después de *La nueva psicología del amor*, verdadero clásico de nuestro tiempo, en el que analizó las complejidades del amor y la espiritualidad, el Dr. M. Scott Peck escribió esta obra, original y fascinante, que explora el lado más oscuro de nuestra existencia: la naturaleza de la maldad humana.

El mal, dice el Dr. Peck, es lo que mata al espíritu, es algo real y palpable en nuestras vidas y debe ser reconocido como tal. Porque sólo cuando reconocemos el mal en sus muchas formas y lo llamamos por su nombre podemos curarlo. Las malas personas construyen sus vidas en la mentira. Atacan a los demás en lugar de enfrentar sus propios fracasos, y a menudo logran engañarlos. Peck demuestra los estragos que el mal produce en la vida cotidiana mediante ejemplos concretos e impresionantes que ha encontrado en su práctica psiquiátrica.

*El mal y la mentira* es un libro profundamente perturbador pero a la vez positivo pleno de esperanza.

A partir del éxito sin precedentes de *La nueva psicología del amor* (publicado en veinticuatro idiomas, ha vendido catorce millones de ejemplares y batido todos los récords de permanencia en lo lista de bestsellers del New York Times, donde se mantiene desde hace once años), el doctor Scott Peck se dedica a predicar la integración de la Psicología y la espiritualidad. Educado en la Universidad de Harvard, sirvió en el Cuerpo Médico del Ejército como Subdirector de Psiquiatría y Consultor de Neurología hasta que se retiró para dedicarse a la práctica privada de la psiquiatría, que abandonó a su vez en 1984, cuando creó con su esposa Lily la Fundación para el Fomento de la Comunidad, organización pacifista sin fines de lucro. Peck ha escrito diez libros. Divide su tiempo entre Connecticut y California. Tiene tres hijos.



DEL MISMO AUTOR  
Por nuestro sello editorial:

- LA NUEVA PSICOLOGIA DEL AMOR
- LA NUEVA COMUNIDAD HUMANA
- UNA CAMA JUNTO A LA VENTANA
- EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL (más allá del la nueva psicología del amor)
- UN MUNDO POR NACER

M. Scott Peck

# EL MAL Y LA MENTIRA

*Traducción de Alicia Steimberg*



EMECÉ EDITORES

Diseño de tapa: *Eduardo Ruiz*

Título original: *People of the Lie, The Hope For Healing Human Evil*

Copyright © 1983 by *M. Scott Peck, M. D.*

Esta edición se publica por convenio con el editor original

Simon & Schuster, New York

El autor agradece el permiso para reproducir los fragmentos de las obras que cita

© *Emecé Editores SA., 1988*

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina

2da. impresión

Impreso en Caribe,

Udaondo 2646, Buenos Aires, noviembre de 1995

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

I.S.B.N.: 950-04-0774-4

23.361

*Para Lily que reverencia a Dios de  
muchas maneras,  
una de las cuales ha sido luchar  
contra los demonios*

# INDICE

## INTRODUCCIÓN

### USAR CON CUIDADO

Este es un libro peligroso.

Lo he escrito porque creo que es necesario. Creo que su efecto general será curativo.

Pero también lo he escrito con inquietud. Tiene potencia] para hacer daño. A algunos lectores les provocará dolor, y con otros lectores sucederá algo peor: usarán el libro para hacer daño.

Les he preguntado a algunos lectores preliminares cuyo juicio e integridad respeto particularmente: ¿Piensan ustedes que este libro sobre la maldad humana es malo en sí mismo?" Respondieron que no. Pero hubo uno que agregó: "En la Iglesia solemos decir que hasta la Virgen María puede ser usada para las fantasías sexuales".

Esta respuesta cruda aunque esencial es realista, pero no me sirve de gran consuelo. Pido disculpas a mis lectores y al público por el daño que puede causar este libro, y les ruego que lo usen con cuidado.

Cuidado puede querer decir cariño. Sean amables y cariñosos con ustedes mismos si sienten que lo que está escrito en este libro les causa dolor. Y, por favor, sean bondadosos con aquellos a quienes consideran malos. Sean cuidadosos... actúen con mucho cuidado.

Es fácil odiar a la gente mala. Pero recuerden el consejo de San Agustín de odiar el pecado pero amar al pecador<sup>1</sup>. Recuerden, al reconocer a una persona mala, que "sólo por la gracia de Dios no estoy yo en su lugar".

Al clasificar a ciertos seres humanos como malos estoy haciendo un juicio de valor que sin duda es gravemente crítico: El Señor dijo: "No juzgues si no quieres ser juzgado". Con esta frase -tan frecuentemente citada fuera de contexto- Jesús no quiso decir que nunca debemos juzgar al prójimo. Porque luego dijo: "Hipócrita, ves la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio". Lo que quiso decir es que debemos juzgar a los demás con gran cuidado, y que ese cuidado comienza con el juicio que hacemos de nosotros mismos.

No podemos esperar que curaremos la maldad humana si no la miramos de frente. No es agradable de ver. Muchos dijeron que mi libro anterior, *La nueva psicología del amor*<sup>2</sup>, era un libro muy lindo. Este no es un libro lindo. Es un libro sobre nuestro lado oscuro, y en gran parte sobre los miembros más oscuros de nuestra comunidad humana... los que yo francamente considero malos. No son personas agradables. Pero es necesario hacer el juicio. La principal tesis de esta obra es que esas personas específicas -lo mismo que la maldad humana en general- deben ser científicamente estudiadas. No en abstracto. No sólo filosóficamente, sino científicamente. Y para ello debemos estar dispuestos a hacer juicios. Expondremos los peligros de esos juicios al comienzo de la parte final de este libro. Pero por el momento les pido que recuerden que no podemos hacer tranquilamente esos juicios si no empezamos por juzgarnos y curarnos a nosotros mismos. La batalla para curar la maldad humana siempre comienza en casa. Y la autopurificación siempre será nuestra arma más importante.

Fue muy difícil escribir este libro, por muchas razones. La más importante de éstas es que siempre fue un libro en proceso. Yo no lo sé todo sobre el mal humano: lo estoy aprendiendo. En realidad, apenas estoy empezando a aprender. Un capítulo se titula: "Hacia una psicología del mal", precisamente porque todavía no tenemos un cuerpo de conocimientos científicos sobre el

<sup>1</sup> San Agustín, *La ciudad de Dios*

<sup>2</sup> M.Scott Peck, *La nueva Psicología del Amor*, Emecé Editores, 1986

mal suficientes como para merecer el nombre de psicología. De manera que debo agregar otra precaución: No tomen nada de lo escrito aquí como la última palabra. En efecto, lo que este libro se propone es que nos sintamos insatisfechos con respecto a nuestra actual ignorancia sobre el tema.

Hablé de Jesús como de Mi Señor. Después de muchos años de vaga identificación con el misticismo budista e islámico, he asumido finalmente un firme compromiso cristiano -señalado por mi bautismo no-denominacional el 9 de marzo de 1980, a la edad de cuarenta y tres años- mucho después de comenzar a trabajar en este libro. En un manuscrito que me envió, un autor se disculpaba por su “tendencia cristiana”. Yo no hago semejante disculpa. No me habría comprometido con algo que considerara una tendencia. Tampoco deseo disfrazar mi punto de vista cristiano. Mi compromiso con el cristianismo es lo más importante de mi vida y es, o así lo espero, profundo y total.

Pero me preocupa que este punto de vista pueda influir innecesariamente en los lectores. De modo que les pido que también en este aspecto tengan cuidado. Los cristianos nominales, a menudo en el nombre de Cristo, han cometido muchos males a lo largo de los siglos, y aun ahora. La Iglesia Cristiana visible es necesaria, incluso salvadora, pero obviamente imperfecta y yo pido perdón por sus pecados, lo mismo que por los míos.

Las cruzadas y las inquisiciones nada tienen que ver con Cristo. La arrogancia y la venganza nada tienen que ver con Cristo. Cuando dio el único sermón del que se tiene registro las primeras palabras que salieron de la boca de Jesús fueron: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. No los arrogantes. Y cuando agonizaba pidió que sus asesinos fueran perdonados.

En una carta a su hermana, Santa Teresa de Lysieux escribió: “Si estás dispuesta a soportar con serenidad la prueba de no agradarte a ti misma, entonces serás una agradable morada para Jesús.” Definir a un “verdadero cristiano” es un asunto difícil. Pero si tuviera que hacerlo, mi definición sería que un verdadero cristiano es cualquier persona que es “una agradable morada para Jesús”. Hay cientos de miles que van a las iglesias cristianas los domingos y no están dispuestos en lo más mínimo a no agradarse a sí mismos, ni serenamente ni de otra manera, y que por lo tanto no son una morada agradable para Jesús. Y en cambio hay millones de hindúes, budistas, musulmanes, judíos, ateos y agnósticos que están dispuestos a pasar por esa prueba. En este libro no hay nada que pueda ofenderlos. Pero hay mucho que puede ofender a los primeros.

Me veo obligado a hacer otra “no disculpa”. A muchos lectores les preocupará que use pronombres masculinos para referirme a Dios. Creo entender y apreciar su preocupación. He pensado mucho sobre el tema. He apoyado enérgicamente el movimiento de las mujeres y creo que es razonable combatir el lenguaje sexista. Pero, en primer lugar, Dios no es neutro. Dios estalla de vida y amor... incluso de sexualidad, en cierto modo. De manera que no es apropiado considerarlo “Eso”, en forma neutra. Por cierto, pienso que Dios es andrógino. Es dulce, tierno, y alimenta como una mujer maternal. Sin embargo, a pesar de todos los condicionamientos culturales, subjetivamente experimento su realidad como masculina más que como femenina. Dios nos nutre, pero a la vez desea penetrarnos, mientras nosotros huimos de él como vírgenes esquivas. Él nos persigue con un vigor que típicamente asociamos con los machos. Como dijo C.S.Lewis, en relación con Dios somos todas hembras<sup>3</sup>. Además, cualquiera sea nuestro sexo o nuestra teología consciente, es nuestro deber -nuestra obligación- en respuesta a Su amor tratar de hacer nacer, como María, a Cristo en nosotros y en los demás.

Intentaré, en cambio, romper con la tradición y referirme a Satanás en forma neutra. Sé que Satanás ansía penetrarnos, pero nunca he experimentado ese deseo como sexual o creativo, sino sólo como odioso y destructivo. Es difícil determinar el sexo de una serpiente.

---

<sup>3</sup> *That hideous strength*, Macmillan Paperback Edition, New York, 1965, p. 316.

He hecho múltiples alteraciones en los detalles de cada uno de los muchos casos relatados en este libro. Los pilares de la psicoterapia y la ciencia son la honestidad y la exactitud. Sin embargo, los valores a menudo entran en competencia, y la preservación del carácter confidencial del material tiene precedencia con respecto al relato total o exacto de detalles irrelevantes. Por lo tanto, los puristas pueden desconfiar de mis “datos”. Por otra parte, si creen reconocer a alguno de mis verdaderos pacientes en este libro, se equivocarán. Pero probablemente reconocerán a muchos individuos que pertenecen a los tipos de personalidad que describo. Esto ocurrirá porque creo no haber distorsionado significativamente la realidad de la dinámica humana involucrada. Y he escrito este libro basándome en lo que esa dinámica humana tiene en común en los distintos casos, y la necesidad de percibirlos y comprenderlos como seres humanos.

La lista de personas a quienes debo agradecer por su apoyo en este trabajo es tan larga que resulta imposible hacerla, pero las siguientes merecen atención especial: mi fiel secretaria, Anne Pratt, que sin contar con una procesadora de palabras escribió a máquina el manuscrito aparentemente interminable en todas sus versiones y revisiones a lo largo de cinco años; mis hijos, Belinda, Julia y Christopher, que sufrieron la adicción al trabajo de su padre; aquellos de mis colegas que me sostuvieron con su propia valentía para enfrentar la terrible realidad de la maldad humana; en particular mi esposa, Lily, a quien dedico esta obra, y mi querido ‘ateo’, Richard Slone; mi editor, Erwin Glikes, que me apoyó tanto con su fe en la necesidad de escribir este libro; todos los valientes pacientes que se sometieron a mis vacilantes manipulaciones, convirtiéndose así en mis maestros; y, finalmente, a dos grandes estudiosos modernos de la maldad humana, que me sirvieron de guía: Erich Fromm y Malachi Martin.

Dr. M. Scott Peck  
*New Preston, Connecticut 06777*

## 1. EL HOMBRE QUE PACTÓ CON EL DEMONIO

George siempre había sido una persona sin preocupaciones -o al menos eso creía- hasta esa tarde a comienzos de octubre. Es cierto que tenía las preocupaciones habituales de un vendedor, y de un hombre casado y con tres hijos, dueño de una casa que de vez en cuando tenía goteras en el techo y de un jardín con césped que siempre había que estar cortando.

También es cierto que él era una persona muy prolija y ordenada que se preocupaba más de la cuenta si el césped estaba un poco alto o la pintura de la casa un poco deteriorada. Y es cierto que por las tardes, en particular en el atardecer, siempre experimentaba una extraña mezcla de tristeza y miedo. A George no le gustaba el crepúsculo. Pero esto sólo duraba unos minutos. A veces, si estaba ocupado vendiendo o si el cielo estaba gris, no percibía en absoluto la hora del atardecer.

George era un vendedor de primera, un vendedor innato. Era apuesto, hablaba muy bien, se comportaba con naturalidad y sabía contar historias; había conquistado el territorio del sudeste con velocidad meteórica. Vendía tapas de plástico para envases, del tipo de las que se adaptan a las latas de café. Era un mercado competitivo. La compañía de George era una de las cinco compañías nacionales que fabricaban ese producto. Después de dos años de haber sustituido en esa zona a un hombre que no era nada lento, George, con su capacidad de orden, había triplicado las ventas. A los treinta y cuatro años ganaba cerca de sesenta mil dólares por año entre el sueldo y las comisiones, sin siquiera tener que trabajar demasiado. Había triunfado.

El problema empezó en Montreal. La empresa sugirió que fuera allá para asistir a una convención de fabricantes de plástico. Como era otoño, y ni él ni su mujer, Gloria, habían visto nunca la caída de las hojas en el norte, decidió llevarla con él. Lo pasaron muy bien. La convención fue como tantas otras, pero el follaje era una maravilla, los restaurantes excelentes, y Gloria estaba de bastante buen humor. En su última tarde en Montreal fueron a visitar la catedral. No porque fueran religiosos: Gloria profesaba a lo sumo un tibio protestantismo, y George, que había tenido que tolerar a una madre fanáticamente religiosa, sentía una fuerte antipatía por las iglesias. Pero era una de las excursiones, y ellos habían ido a conocer. A George la catedral le resultó sombría y nada interesante y se alegró cuando Gloria dio por terminada la visita. Cuando salieron a la luz George advirtió una alcancía cerca de la pesada puerta. Se detuvo, indeciso. Por un lado no tenía deseos de dar ni un centavo a esta iglesia ni a ninguna otra. Por otra parte, sentía el temor absurdo de estar poniendo su vida en peligro si no contribuía. El temor lo ponía mal; él era un hombre completamente racional. Pero luego se le ocurrió que sería totalmente racional hacer una pequeña contribución, así como es totalmente racional pagar una entrada a un museo o a un parque de diversiones. Decidió donar las monedas que tenía en el bolsillo si no eran demasiadas. No, no lo eran. Cantó cincuenta y cinco centavos en monedas pequeñas y las echó en la alcancía.

En ese momento se le cruzó el primer pensamiento. Le llegó como un golpe, una trompada, completamente inesperada, que lo dejó mareado, confundido. Era algo más que un pensamiento. Era como si el pensamiento estuviera impreso en su mente: MORIRÁS A LOS CINCUENTA Y CINCO AÑOS.

George buscó la billetera en su bolsillo. Tenía la mayor parte del dinero en cheques de viajero. Pero tenía un billete de cinco dólares y dos de uno. Los sacó rápidamente de la billetera y los metió en la alcancía. Luego tomó de un brazo a Gloria y prácticamente la empujó por la puerta. Ella le preguntó qué le pasaba. Él le respondió que de pronto se había sentido mal y



quería volver al hotel. George no recordaba haber bajado la escalinata de la catedral ni haber llamado un taxi. El pánico sólo se calmó cuando estuvo acostado en la cama del hotel, fingiendo vagamente estar enfermo.

Al día siguiente, mientras volaban de regreso a su casa en Carolina del Norte, George se sentía tranquilo y confiado. Olvidó el incidente.

Dos semanas después, mientras iba en su auto a trabajar en Kentucky, George llegó a un cartel que indicaba una curva y un límite de velocidad de cuarenta y cinco kilómetros. Al pasar el cartel se le cruzó otro pensamiento, también como si estuviera grabado en grandes letras en su mente: MORIRÁS A LOS CUARENTA Y CINCO.

George se sintió inquieto durante el resto del día. Pero esta vez pudo considerar su experiencia con un poco más de objetividad. Los dos pensamientos tenían que ver con números. Los números no eran más que números, nada más, pequeñas abstracciones sin significado. Si tenían significado, ¿por qué habrían de cambiar? Primero cincuenta y cinco, ahora cuarenta y cinco. Si eran coherentes, tal vez hubiera algo de qué preocuparse. Pero eran sólo números sin significado. Al día siguiente George era otra vez el mismo de siempre.

Pasó una semana. Al entrar en las afueras de un pueblito un cartel anunciaba que ésa era la entrada a Upton, Carolina del Norte. Y allí surgió el tercer pensamiento: SERAS ASESINADO POR UN HOMBRE LLAMADO UPTON. George comenzó a preocuparse seriamente. Dos días más tarde, al pasar por una vieja estación de ferrocarril abandonada, aparecieron otra vez las palabras: al TECHO DE ESE EDIFICIO SE CAERÁ ESTANDO TÚ ADENTRO, Y TE MATARÁ.

De allí en adelante los pensamientos aparecían casi todos los días, siempre mientras manejaba para ir a los distintos lugares donde trabajaba en su zona. George comenzó a temer las mañanas en que debía hacer viajes de trabajo. Se percibía preocupado mientras trabajaba, y perdió el sentido del humor. Ya no notaba el sabor de la comida. Por las noches le costaba dormirse. Pero todo era todavía soportable hasta la mañana en que cruzó el río Roanoke. Inmediatamente después tuvo este pensamiento: ÉSTA ES LA ÚLTIMA VEZ QUE CRUZAS ESTE PUENTE.

George pensó en contarle a Gloria estos pensamientos. ¿Ella pensaría que estaba loco? No se animaba a hacerlo. Pero esa noche, en la cama, despierto junto a Gloria que roncaba suavemente a su lado, le tuvo rabia por estar en paz mientras él luchaba con su dilema. El puente sobre el río Roanoke era una de sus rutas más transitadas. Para evitarlo tendría que desviarse varios cientos de kilómetros cada mes o bien perder varios clientes. Al diablo, era absurdo. No podía permitir que unos cuantos pensamientos dirigieran su vida, unos cuantos inventos de una imaginación perversa. No había la más mínima evidencia de que estos pensamientos representaran algún tipo de realidad. Pero, por otra parte, ¿cómo podía estar seguro de que no eran reales? Eso es... podía probar que no eran reales. Si volvía a cruzar el puente Roanoke y no moría, eso sería una prueba de que los pensamientos no eran reales. Pero si lo eran...

A la una de la mañana George tomó la decisión de arriesgar su vida. Mejor morir que vivir atormentado de esa manera. Se vistió silenciosamente en la oscuridad y salió de la habitación. Unos cien kilómetros para volver al puente Roanoke. Manejaba con gran cuidado. Cuando por fin el puente apareció ante sus ojos sintió una opresión en el pecho que casi le impedía respirar. Pero siguió adelante. Cruzó el puente. Hizo tres kilómetros más por la ruta. Luego giró y volvió a cruzar el puente para volver a su casa. Lo había logrado. ¡Había probado que el pensamiento era falso! Un pensamiento tonto, ridículo. Se puso a silbar. Cuando entró en su casa a la madrugada estaba eufórico. Se sentía bien por primera vez en dos meses. Se había terminado el miedo.

Hasta tres noches después. Al volver a su casa por la tarde después de otro día de trabajo, pasó junto a una profunda excavación a un lado del camino, cerca de Fayetteville. ANTES DE QUE LA RELLENEN, TU AUTO CAERÁ DIRECTAMENTE DENTRO DE LA EXCAVACIÓN Y TE MATARAS. Al principio George casi se rió de este pensamiento. Los pensamientos no eran más que pensamientos, ¿acaso no lo había comprobado? Pero esa noche no pudo volver a dormir. Era cierto que había comprobado la falsedad del pensamiento sobre el puente Roanoke. Pero eso no significaba necesariamente que el pensamiento sobre la excavación era falso. Tal vez éste fuera real. ¿Y si el pensamiento sobre el puente Roanoke sólo hubiera servido para darle una falsa impresión de seguridad? ¿Y si realmente estaba destinado a caer en esa fosa? Cuanto más lo pensaba, más ansioso se ponía. Le era imposible dormir.

Tal vez si volvía al borde de la fosa se sentiría mejor, como le había sucedido al volver al puente. Pero la idea no tenía demasiado sentido, porque si bien podía ir hasta la fosa y volver a casa sin ningún percance, nada aseguraba que no podía caer en la fosa en otra ocasión, más adelante, como se lo habían pronosticado. Pero estaba tan ansioso que valía la pena probar. Una vez más George se vistió en mitad de la noche y salió sigilosamente de la casa. Se sentía estúpido. Casi se sorprendió cuando, después de haber llegado a Fayetteville, haber pasado junto a la fosa e iniciado el viaje de regreso, comenzó a sentirse mejor, muchísimo mejor. Recuperó la confianza. Sentía que nuevamente era dueño de su destino. En cuanto llegó a su casa se durmió. Durante unas horas estuvo tranquilo.

La estructura de la enfermedad de George se afianzó y se hizo más devastadora. Cada uno o dos días le volvían nuevos pensamientos sobre su muerte mientras manejaba en la ruta. Después de tener el pensamiento su ansiedad se tornaba intolerable. En ese punto tenía la compulsión de volver al lugar donde se le había presentado el pensamiento. Después de hacerlo volvía a sentirse bien hasta el día siguiente, cuando se presentaba el nuevo pensamiento. Y recomenzaba el ciclo.

George lo soportó durante otras seis semanas. Noche por medio salía de su casa y recorría Carolina del Norte. Dormía cada vez menos. Bajó siete kilos. Tenía miedo de salir al camino, de hacer su trabajo. Disminuyó su rendimiento. Algunos clientes comenzaron a protestar. Estaba irritable con sus hijos. Finalmente, una noche de febrero, estalló. Llorando de rabia le contó su tormento a Gloria. Gloria me conocía a través de una amiga. Me llamó a la mañana siguiente, y por la tarde vi a George por primera vez.

Explicué a George que sufría de una típica neurosis obsesivo-compulsiva, que los “pensamientos” que lo perturbaban eran lo que los psiquiatras llamamos obsesiones, y que la necesidad de volver a la escena del pensamiento era una compulsión.

-¡Claro! -exclamó- es una compulsión. Yo no quiero volver al lugar donde tuve el pensamiento. Sé que es tonto. Sólo quiero dormirme y olvidarme del asunto. Es como si algo me forzara a pensar en eso, a levantarme y a volver. No puedo evitarlo. Estoy compelido a volver. Esa es la peor parte, ¿sabe? Si sólo fueran los pensamientos creo que podría soportarlo, pero es esta compulsión a volver lo que me está matando, lo que me quita el sueño, lo que me vuelve loco mientras paso horas debatiendo mentalmente: “¿Debo volver o no?” Mis compulsiones son aun peores que mis... ¿cómo decía usted?... mis obsesiones. Me vuelven loco.

Aquí George hizo una pausa y me miró ansiosamente: -¿Usted cree que me estoy volviendo loco?

-No –respondí-. Para mí usted todavía es un desconocido, pero a primera vista no me parece que se esté volviendo loco ni que tenga nada peor que una fuerte neurosis.

-¿Quiere decir que otra gente tiene la misma clase de “pensamientos” o compulsiones? -preguntó ansiosamente George-. ¿Otras personas que no están locas?

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

